

# COMO UN VIENTO DE

**D**S una tradición que, al mediar septiembre, se considere que comienza una nueva temporada política. Hay indicios de que la que va a comenzar ahora puede ser fructífera. Nada más que indicios. Se recupera una cierta tendencia al diálogo, que se había perdido a raíz de las elecciones presidenciales de los Estados Unidos de las que surgió un nuevo Johnson, distinto al hombre apaciguador y liberal que se creyó conocer durante el año de su campaña electoral. Investido por una enorme mayoría de votos sobre su rival Goldwater, el Presidente Johnson irrumpió en la política internacional como un nuevo rico de la fuerza, seguro de sus triunfos y de la capacidad aplastante de los poderes encerrados en sus manos. Era cuestión de tiempo que se moderase. La historia de su predecesor, el Presidente Kennedy, es luminosa en ese aspecto. Si no nos dejamos arrastrar por el mito Kennedy, que tiende a hacernos ver por su muerte violenta y por la fecundidad de sus últimos tiempos de gobierno, que toda su vida fue un ejemplo de clarividencia; si examinamos simplemente su historia, veremos que, hasta el gran susto de la crisis del Caribe, Kennedy tuvo en varias ocasiones —la Bahía de los Cochinos, Laos, Berlín...— esta tentación de creerse el hombre más fuerte del mundo, el hombre irresistible del mundo. Kennedy poseía una inteligencia extraordinaria, y unos momentos de reflexión ante una situación trágica pudieron producirle la catarsis que modificaría su actitud y su personalidad hasta el punto en que la Historia la ha considerado ya como definitiva. Podía creerse que Johnson iba a tardar más tiempo en realizar la situación. A Johnson le describen los historiadores de su país (Theodore E. White en «The making of a President») asistiendo, silencioso y humillado, cuando era vicepresidente, a las sesiones de trabajo de la Casa Blanca, con los puños apretados «hasta que los nudillos se volvían blancos»; cuando ha tenido la ocasión de abrir esos puños, de ellos han salido los rayos de la guerra que durante años había tenido que contener. Quizá sea ya hora de que los vuelva a cerrar. Es hombre lo suficientemente empírico como para aprovechar mejor las lecciones que las teorías, y las lecciones que ha sufrido hasta ahora son impresionantes. Todas se pueden resumir en una: que la fuerza no es un valor absoluto en el mundo de hoy. Es muy posible que Johnson y sus consejeros creyesen que bastaba poner en marcha todo el poderosísimo mecanismo de guerra y dinero de los Estados Unidos para acabar con la situación podrida en el Vietnam, que atribuían a la debilidad de Kennedy. Quizá hayan comprendido a estas alturas que hay fuerzas superiores a la fuerza. Esa fuerza que no ha servido en Santo Domingo y que se duda de si ha sido útil en el Congo, donde las guerrillas del Ejército Nacional de Liberación renacen, donde vuelve a deteriorarse la situación del Gobierno de Leopoldville. El balance de esta política intervencionista no es favorable hasta ahora. No solamente no se han cumplido los objetivos propuestos, sino que ni siquiera estas acciones violentas han tenido ejemplaridad para evitar otros movimientos. Los «marines» de Santo Domingo, precipitadamente empleados, mal empleados, no han cambiado la situación definitivamente en la República Dominicana, y tampoco han impedido el estallido de movimientos de independencia y revolución en otros países hispanoamericanos. La intervención en el Congo no ha evitado que otros países de África negra tomen posiciones radicales hacia la izquierda. Hay

indicios, repito, de que Johnson ha sido, en cambio, detenido en su ofensiva. A pesar de la enorme importancia que para la OTAN tiene la posición griega, Johnson no ha podido enviar su gendarmería a defender la Corona que se desintegra —aunque no hay todavía seguridades de que no vaya a hacerlo más adelante—, como no ha podido intervenir en el problema de Cachemira, ni en el de la rotura de la Federación Malasia, pese a la importancia de esos puntos en el equilibrio del Sudeste asiático. La repulsa de la opinión internacional, la desazón del tercer mundo, la política de Francia, el incendio negro, la repugnancia de los jóvenes americanos frente a la movilización para una guerra cuya necesidad no comprenden bien, el abandono del partido de oposición (republicano) que al principio le ayudó en la guerra del Vietnam y hoy la consideran como «la guerra de Johnson», la segregación del «ala izquierda» de su propio partido —con los Kennedy y los Fullbright a la cabeza—, la inquietud de los hombres de negocios por el porvenir del dólar, han debido hacer comprender a Johnson todas las debilidades de la fuerza. Si no se lo han hecho comprender aún, es cuestión de esperar algún tiempo más: la madurez vendrá inevitablemente, y la reflexión también.

**H**AY ya lo que se llama «un viento de diálogo» que emana de la Casa Blanca. Puede ser considerado como un indicio de que la nueva temporada política ha comenzado bajo un nuevo signo. Oficialmente esta temporada se inicia con la nueva sesión —la 22— de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Los Estados Unidos han levantado ya el bloqueo que pesaba sobre la Organización, al ceder en la aplicación del artículo 19 (que impedía técnicamente el voto de la URSS). Era indudable que la parálisis de la ONU servía para que la Casa Blanca pudiera hacer libremente su política sin temer las críticas públicas y las denuncias en la Asamblea. El final del bloqueo puede interpretarse como un deseo de terminar la política personal y de reanudar una situación de normalidad. Muchos observadores interpretan esta apertura como el deseo de que la ONU sirva de marco para llegar a un acuerdo internacional negociado con respecto a los problemas en curso, principalmente el Vietnam —Santo Domingo y el Congo, en segundo y tercer lugar, respectivamente— que permitan una cierta retirada norteamericana «sin perder la cara». De hecho, la ONU está sirviendo en estos momentos para una cierta forma del diálogo. Se asegura que Goldberg, nuevo representante de los Estados Unidos —en sustitución de Stevenson—, ha dialogado largamente con el delegado argelino, Buattura, en presencia del Secretario General, U Thant, y que estas conversaciones han conducido a una serie de entrevistas en Argelia entre el ministro de Asuntos Exteriores argelino, Buteflika, con los embajadores de China y del Vietnam y con una delegación del Vietcong. Otro indicio importante es el nombramiento de un personaje político de categoría para la Embajada en Polonia —el que hasta ahora era ministro de Correos—; en Varsovia, como se sabe, se conducen desde hace años las negociaciones entre China y Estados Unidos, a nivel de embajadores.

La visita de George Ball a Europa, y principalmente a Francia,

# DIALOGO

por **EDUARDO HARO TEGLEN**

donde el secretario adjunto de Estado ha conversado con el Presidente De Gaulle, tenía un signo parecido. Esta visita coincidía con el regreso de China de André Malraux y con la estancia en París de una delegación de Vietnam del Norte, invitada por el Partido Comunista francés pero, indudablemente, con la anuencia del Presidente De Gaulle. Al parecer, esta visita de Ball ha fracasado. Un comunicado del Consejo de Ministros, hecho por el ministro de Información, ha venido a decir que «no ha habido lugar para mediación de ninguna especie, porque en el momento actual no hay mediación imaginable»; Ball, a su vez, comunicó a la prensa que ni De Gaulle había ofrecido mediación, ni él se la había pedido. Se dice que otro de los objetivos de la visita era el de informarse sobre la nueva actitud de Francia hacia China. No creo que el general ni sus ministros se hayan prestado a hablar de este capítulo de su política exterior, que consideran como soberana. Pero poco después se anunció que durante el mes de noviembre se abrirá en Pekín una exposición industrial francesa a la que acudirán doscientas firmas, y se dio como muy probable otro viaje ministerial francés para esa fecha: el de Valery Giscard d'Estaing, ministro de Hacienda.

Al viaje de Ball hay que darle una interpretación más amplia que la del estudio de simples temas políticos. Es otro indicio de apertura de diálogo de Johnson. Al mismo tiempo que abre el paso a la ONU, que deja soplar «vientos de negociación» con el Vietnam, que mantiene a toda costa sus puentes hacia Moscú, que no quiere dejar caer la amistad de Gran Bretaña y la ayuda a sostener la libra, Johnson trata también de reanudar el diálogo con Francia, interrumpido desde hace muchos años. Es posible que de todas estas intenciones la más difícil de realizar sea precisamente la de la amistad con Francia. De Gaulle sabe perfectamente que él es hoy una pieza clave del mundo; lo ha conseguido beneficiándose de las debilidades, de las flaquezas de sus aliados y de sus enemigos, más que por una fuerza propia; pero la realidad es que lo ha conseguido, y no abrirá sus tenazas si no es con un beneficio sustancial. De Gaulle sabe que no hay posibilidad de crear una Europa unida si Francia, en su centro, queda aislada; y sabe también que una serie de países que se consideran víctimas de Estados Unidos no cederán fácilmente si, desde Europa, el viejo prestigio francés les ayuda.

Esta posición francesa se hará notar, sobre todo, en las Naciones Unidas. Va a ser inevitable que se presente de nuevo la candidatura china; es impensable esta vez que Francia la abandone, y Francia puede arrastrar a volar a algunos países tímidos o vacilantes; los suficientes como para «hacer el peso» y permitir el ingreso de China. Nadie sabe si en ese momento los Estados Unidos volverán a hacer pesar sobre la ONU la amenaza de bloqueo o, por el contrario, si esta vez van a permitir el ingreso de China como una puerla que se abra hacia una solución de conflictos que le angustian: la situación del Vietnam, el desarme, la proliferación de la bomba atómica o la penetración en África.

KIRK DOUGLAS · ELEANOR PARKER · WILLIAM BENDIX



EN LA PRODUCCION DE

WILLIAM WYLER

DE LA OBRA DE  
SIDNEY KINGSLEY



# Brigada 21



CON CATHY O'DONNELL PRODUCIDA Y DIRIGIDA POR WILLIAM WYLER  
GUIÓN DE PHILIP YORDAN Y ROBERT WYLER BASADA EN  
LA OBRA DE SIDNEY KINGSLEY